

quedado aplastados bajo sus ruinas. » En fin, desgracia sobre desgracia, él vió desvanecerse su inmensa fortuna ; hasta se vió privado de la salud y reducido á un estado tal de pobreza, que recostado sobre un muladar, no tenía mas que pedazos de teja para limpiarse las úlceras, que cubrían su cuerpo. » — « Hombre tan cruelmente probado, le decía su mujer, alza tus ojos al cielo ; maldice la Providencia, que te aflige de una manera tan terrible y muere blasfemando. » Pero él se contentó con responder : « Desnudo salí del seno de mi madre, desnudo volveré al seno de la tierra ; el Señor me lo había dado todo, Él me lo ha quitado todo, que su santo nombre sea bendito. » Inútil es deciros, que Dios que había querido probar á su siervo, supo recompensarle y hacerle mucho mas rico. Solamente quiero demostraros por el ejemplo de este hombre justo, como debemos considerar los bienes de la tierra. Si Dios, pues, nos los da, sepamos alabarle y darle gracias por éllo ; pero de ningun modo tratemos de adquirirlos, violando la ley del Señor. Ne peguemos demasiado á ellos nuestro corazon ; poseámoslos, pero de modo que ellos no nos posean á nosotros. No olvidemos nunca, que nosotros somos criados para gozar un día de las riquezas inmortales, y que en presencia de éstas los bienes de este mundo no son mas que un poco de lodo despreciable y sin valor. « Hijos de Cristo, cristianos bautizados en su nombre y marcados con su sangre, allá arriba, en ese hermoso paraíso, allá arriba debe estar nuestro corazon ; porque allá está nuestra fortuna y el inestimable tesoro del cual debemos ser un día dichosos poseedores. ¡ Oh hermanos míos, cómo al lado de las delicias de la eternidad el resto es nada ! » Sigamos, pues, el consejo, que nos da nuestro adorable Salvador. Preservemos nuestras almas de un apego desarreglado á los bienes de este mundo. Busquemos primero y ante todo el reino de los cielos y Dios sabrá darnos, segun su santa voluntad las demás cosas que necesitamos... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DÉCIMO QUINTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

(Luc., VII, 11-16)

## Sobre la resurreccion del hijo de la viuda de Naim.

TEXTO. *Ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suæ, et hæc vidua erat ; et turba civitatis multa cum illa.* Y hé aquí que llevaban á enterrar á un difunto, hijo único de una madre viuda, é iba con élla mucha gente de la ciudad.

EXORDIO. Hermanos míos, nuestro Señor Jesucristo, despues del célebre sermon pronunciado sobre la montaña, del cual hemos hablado mas de una vez, se había dirigido á la ciudad de Cafarnaum. Aquí hallábase gravemente enfermo y á punto de morir el criado del centurion. Los Judíos suplicaban á Jesús que le curase ; « este centurion, decían ellos, protege nuestra nacion, él merece ser escuchado. » Accediendo á sus deseos, nuestro dulce Salvador se dirigía á la casa del centurion, para curar al criado enfermo, cuando sin demora este oficial envió algunos amigos á decirle : « Yo no soy digno, que vos vengaís hasta á mi casa ; no tengais esa molestia, vos sois todopoderoso, decid sólamente una palabra, y mi criado quedará sano <sup>1</sup>. » Ya sabeis, hermanos míos, que Jesús, admirando la fé de este capitán pagano, le concedió el favor que le pedía, devolviendo la salud á su criado. Era ya esto mucho, haber curado, sin verle, á un hombre gravemente enfermo y casi agonizante. Pero el prodigio que cuenta el Evangelio del día de hoy, es mas sorprendente aun.

« Dejando, pues, nuestro Salvador á Cafarnaum, se dirigió á la ciudad de Naim ; é iban con Él sus discípulos y una gran muchedumbre del pueblo. Y acercándose á las puertas de la ciudad,

1. Math. VIII, 8 ; Luc. VII, 6.

hé aquí que sacaban fuera á enterrar á un difunto, hijo único de su madre la cual era viuda; y la acompañaba mucha gente de la ciudad. Nuestro Señor al ver esta viuda desolada, movido de compasion, le dijo: No llores. Y se acercó y tocó el féretro: (y los que lo llevaban se pararon.) Y dijo: Mancebo, á tí te digo, levántate. Á este mandamiento divino, el muerto se alzó, sentóse y comenzó á hablar. Y Jesús le devolvió á su madre. Y todos los que estaban presentes se sintieron sobrecogidos de temor y glorificaban á Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros; y Dios ha visitado á su pueblo. »

**PROPOSICIÓN Y DIVISION.** Esta tierna historia nos suministrará materia para dos reflexiones; Primera: Este jóven mancebo, que llevaban á enterrar, nos muestra, que se muere á toda edad, y que á toda edad es necesario pensar en la muerte y prepararse á élla. *Segunda*: la compasion que Nuestro Señor manifiesta á esta pobre viuda desolada, al descubrirnos la bondad de su corazon, debe estimularnos á rogarle por la salvacion de aquellos que nos son caros.

*Primera parte.* Hermanos carísimos, parémonos un instante con nuestro divino Salvador, con sus Apóstoles y la muchedumbre piadosa que le acompaña; parémonos digo en presencia de este féretro... Quién es este, que yace en él y que llevan así al sépulcro, á su última morada? ¿Es acaso algun viejo, consumido por los años, cuya vida se ha extinguido despues de una larga carrera? ¿Es por ventura algun criado, á quien la miseria y un exceso de trabajo han conducido á la tumba?... Ha sido quizás víctima de una enfermedad, en la que le han faltado los cuidados necesarios?... No, cristianos, no; el Evangelio nos muestra, que aquel que yace en ese féretro, no es ninguno de esos... El muerto es un jóven mancebo, segado á la flor de sus años, en medio de todo el vigor de su juventud, entonces cuando la vida corre, cual torrente impetuoso, por decirlo así, por nuestras venas... Él era rico, considerado, y uno de los principales de la ciudad por su nacimiento, por su fortuna y educacion. Ved, sino, á esa gran muchedumbre de vecinos que siguen el duelo... Ah! los reme-

dios, los cuidados, las atenciones mas delicadas no le han hecho falta... Preguntadlo sino á su madre, á esta viuda afligida, que acompaña derramando lágrimas los restos de este hijo queridísimo, su solo y único apoyo... Tenía, pues, ese jóven todo lo que puede hacer feliz la vida en el mundo, todo lo que puede retardar, si eso fuera posible, los duros golpes de la muerte. Pobre jóven, ¡acaso tambien tú, como muchos de nosotros, vivias completamente descuidado y olvidado de la proximidad del golpe fatal! ¡Tal vez, como acostumbran tantos jóvenes, habías formado proyectos y grandes cálculos para el porvenir!... Pero en medio de esos cálculos y proyectos vió, hermanos míos, quebrarse el hilo de sus días y extinguirse su vida.

Oh! jóvenes, vosotros que confiais en vuestras fuerzas, en vuestra juventud, en vuestra salud; vosotros todos, cristianos, que gustais de vivir entre ilusiones, que poneis entre vosotros y la muerte una larga serie de años; vosotros, que decis: « soy demasiado jóven para pensar en la muerte, debería consumirme de tristeza, si tan pronto me preparase á élla, ya tendré tiempo mas tarde, » venid cerca del féretro de este mancebo, abríos paso por entre la triste muchedumbre, que le rodea. Entre los judíos el féretro no tenía tapa; no teneis que hacer otra cosa, sino levantar un lienzo... Mirad y contemplad... Tal vez no tenía aun vuestra edad aquel que está allí bajo vuestros ojos y que llevan á enterrar. Su fuerza, su hermosura, su juventud ¿en qué han parado? Sus miembros están helados é inmóviles, sus facciones pálidas y descompuestas; sus ojos apagados ya no pueden ver; alzada la voz, sus oídos no pueden sentir. La muerte no establece distincion alguna entre el viejo y el jóven, entre la mujer decrepita y la doncella, que se halla en toda la pompa de su hermosura. Su mano helada los hace estirar en un féretro y al día siguiente jóvenes ó viejos serán pasto de los gusanos.

Pero acaso, hermanos míos, este ejemplo del Evangelio no basta para persuadiros bien, que se muere á toda edad, y que en todas las edades es menester prepararse á la muerte... Dad una ojeada á vuestro rededor; observad si pasa mucho tiempo, sin

que la muerte venga á hacer algunos vacíos entre las filas de la adolescencia y de la juventud. No hablemos de tantos jóvenes, que en la última guerra han muerto lejos de su país y de su familia y han sido enterrados, sin que una madre desolada haya podido seguir su féretro... sino ved á ese joven cayendo víctima de un accidente imprevisto... Mirad á esotro arrebatado en pocos días por una enfermedad terrible. Ved á esa doncella consumida rápidamente por una fiebre inexorable. Mirad á tantos otros languideciendo meses enteros, marchitándose, enflaqueciéndose poco á poco, como un planta que, atacada por un insecto roedor, palidece lentamente, se seca y se inclina para morir.

Revolved vuestros recuerdos; mirad en este pueblo y en los vecinos cuantos mozos y mozas en la flor de la edad, cuantos hombres robustos y mujeres aun jóvenes han venido á poblar dentro de pocos años nuestros cementerios... Eso es verdad, decís vosotros, pero... Ah! ya os comprendo váis á darme frívolas razones. « Ese tal ha muerto, porque trabajaba demasiado; esotro por haber sido imprudente; el uno ya venía flaco; el otro tenía sobra de sangre... » Ilusiones verdaderamente dignas de Satanás que las inventa, y que así trata de alejar de nosotros el pensamiento de la muerte<sup>1</sup>. Pero ¿ acaso no sabeis vosotros, que me escucháis, que si de aquí á algunos días venía la muerte á heriros, se hallarían semejantes razones, para justificar vuestra muerte inesperada? Los unos dirían: « Tenía él exceso de sangre »; otros: « Tenía falta de ella! »; Motivos todos vanos y frívolos!... Hermanos míos, la muerte toca á donde Dios la manda tocar; élla no respeta edad, ni robustez, ni salud. Y ved ahí porque jóvenes y viejos todos debemos, segun el consejo de nuestro divino Salvador, estar prevenidos para recibirla, á fin de que no nos coja de sorpresa.

*Segunda parte.* Pero admiremos también la bondad de nuestro divino Salvador... pocas circunstancias se encuentran, en que élla se manifieste de una manera mas sensible. Al ver aquella madre

1. Cf. De Lanuza, *Homil. quadr.*; *Homilia trigesima prima*; p. 223.

desolada, que seguía derramando lágrimas el féretro de su hijo único, se sintió el Señor movido á compasion... O dulce Jesús, tal vez entonces se os representó la imágen de vuestra madre, la augusta Virgen María, viuda también, y de la cual os separasteis, para cumplir los trabajos de vuestra pública mision... La afliccion de esa madre os representa el dolor que traspasará el corazón de la vuestra, al veros espirar á Vos, su único Hijo, sobre el ignoble madero de la cruz. Vos pensais ya con anticipacion en las lágrimas que derramará élla, cuando teniendo entre sus brazos vuestro cuerpo sagrado ya difunto, ayudará á devotos amigos á depositarlo en el sepulcro... Todas estas consideraciones enternecían el alma tan buena de nuestro divino Salvador y le interesaban mas vivamente en favor de aquella viuda inconsolable. Sin esperar, pues, que le rueguen, ni que le pidan un milagro, Él se acerca al fúnebre cortejo: « No llores, dice, á la madre del difunto. » Los portadores del muerto se paran enseguida. Jesús, dirigiéndose al difunto, le dice: « Mancebo, levántate, yo te lo mando. » A esta palabra omnipotente del Hijo de Dios hecho hombre, la muerte reconoce á su dueño y devuelve su víctima... El mancebo, en efecto, vuelve á la vida, levanta el sudario y abre de nuevo los ojos á esta bella luz del día, que ya no debía ver mas. Nuestro divino Salvador tomándole por la mano le devuelve á su madre. O Jesús; qué bueno sois! Todos los circunstantes, sobre cogidos de un religioso estupor, glorificaron á Dios á vista de este prodigio, y trasportados de admiracion, clamaban: « Un gran profeta ha aparecido entre nosotros: si, Dios ha visitado á su pueblo... »

Hermanos míos, este milagro que nuestro Señor no obró mas que, una vez en favor de la viuda de Naim, lo renueva todos los días en otro orden en favor de las madres y mujeres cristianas, que le ruegan por hijos extraviados ó por esposos indiferentes, ¡ Pobres hijos, arrastrados por el ardor de sus pasiones ó por las malas compañías á las sendas funestas del mal...; pobres esposos, en cuyas almas han apagado la fé, el respeto humano, la indiferencia y la impiedad!... Éllos son muertos, muertos á la gracia de Dios, sumergidos en las tinieblas del peccado, envueltos en